

Séptimo DÍA

septimodia@latarde.com / TEL: 313 7604/

»Estuve en el XXIV Festival de Tambores de San Basilio de Palenque, último trozo vivo de África en Colombia. Un pueblo que transpira ritmo, alma, sexo. Fuego en las entrañas a son de tambores.

EDWIN ARANGO
 Enviado Especial La Tarde
 earango@latarde.com

Palenque quisiera ser un negro en bola. Si por él fuera, andaría exhibiendo su humanidad por todos lados, inclusive en Cartagena, donde hay quienes han creído que en este pueblo, escondido a los pies de los Montes de María, se anda a cuero pelao desde la cuna hasta la tumba.

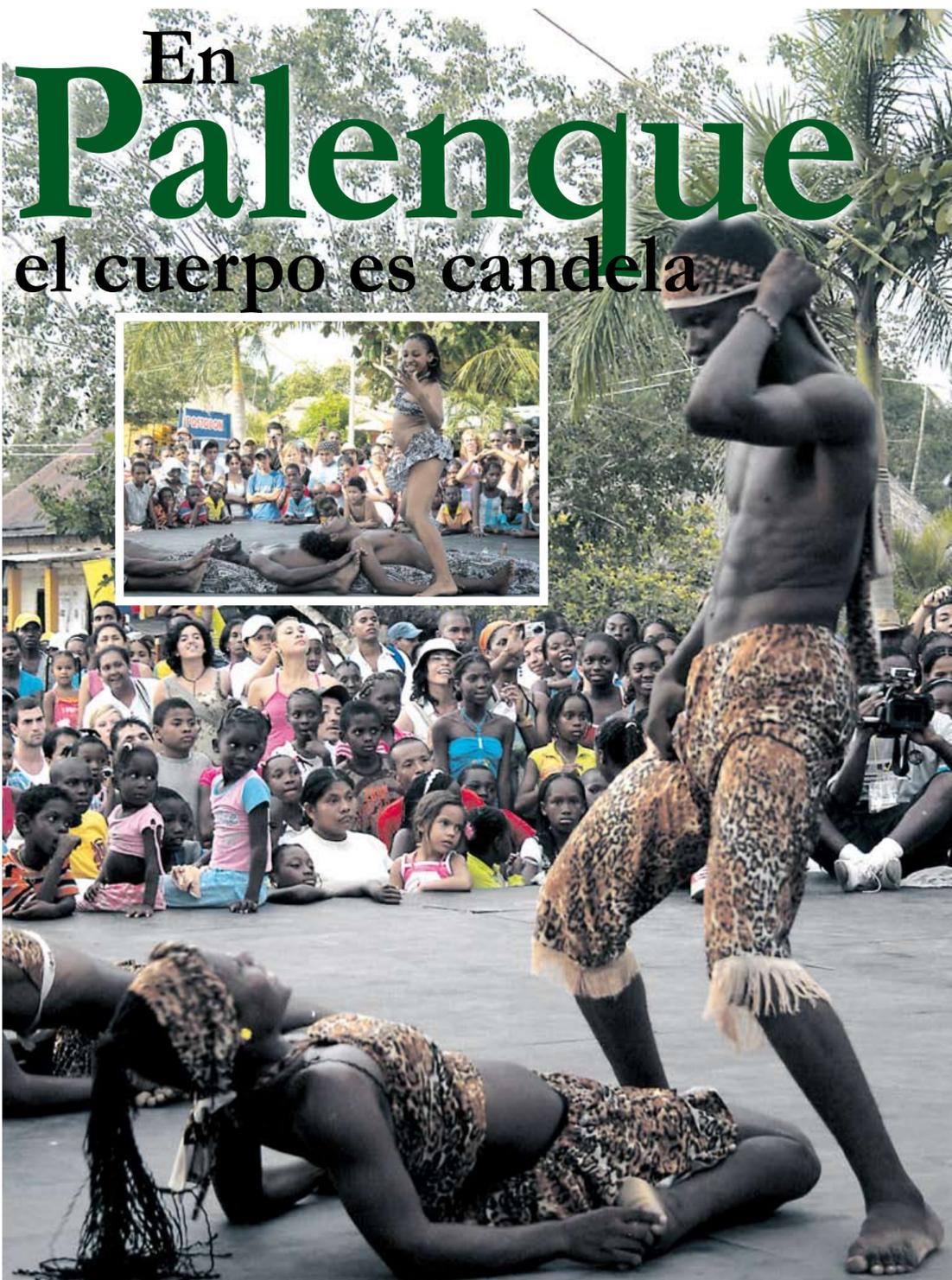
Y qué de ganas las que se gastan los palenqueros por mostrar el pellejo día y noche.



San Basilio de Palenque es un corregimiento de Mahates, Bolívar, ubicado a los pies de los Montes de María, a 50 kilómetros de Cartagena. Fundado en el siglo XV por el esclavo fugitivo de Guinea, Benkos Biohó, es considerado el primer pueblo libre de América. Fue declarado en 2005 por la Unesco "Patrimonio Oral e Inmaterial de la Humanidad".

Estos tres mil quinientos cuerpos, que viven en un pedazo prestado de África, saben que tienen lo suyo y lo dejan ver desde muchachitos. En el arroyo, airean picpicitos que prometen el vigor que después provocará gemidos y sudores.

Por las calles pasadas a polvo y a charco nauseabundo, cruzan combos de mocitos con torsos que se burlan de Boticelli. Las mujeres chiquitas compiten -sin saberlo- por lucir las piernas más largas y las nalguitas más consistentes del olimpo negroide. Las doñas visten de blusas coloridas y vestidos de tiras que sugieren tetas generosas, fuente nutricia de urgencias varoniles y apetitos de la prole que las mamó.



Fotos: María Cristina López / LaTarde

No andan del todo encue- rraos por pura decencia o por costumbre. Pero les provoca, y no pierden tiro pa gozar con lo más sabroso que les dio la Creación. Pal palenquero, el cuerpo es la vida, la fiesta, el dolor, el gozo: el regreso a la casa africana de la que salió en tiempos de esclavos.

Así es que en Palenque, los asuntos de la carne, las pulsiones del eros, los fuegos del vientre, se vuelven argamasa difícil de separar de la vida del lugareño. Caminar, lucir una trenza, andar descalzo, llevar puesta una pantaloneta, bailar -bailar sin parar-, son espejos de una conciencia del poder corporal, como poco se ve en otras culturas de tez clara.

La vida sexual palenquera se compadece con la energía del sol que se derrama cada día sobre sus ranchos. Antes de los dieciocho, un muchacho ya ha probado una o dos niñas, de modo que cuando está listo para irse a vivir con alguna, ya le ha dado vuelta a muchos lechos.

En el siglo Diecisiete, cuando el negro Benkos Biohó se le escapó al yugo español, y logró darle vida al primer poblado negro libre del continente, también se aseguró de mantener a resguardo el legado ancestral contenido en

relatos, vida de familia, trabajo de la tierra, sentir musical y cómo no, goce de los sentidos.

Por eso, el negro palenquero -y su negra- no entendieron el sexo sólo como simple asunto de práctica y deber del hogar, sino como un canal de expresión identitaria y una garantía de resguardo de su herencia racial y cultural.

Guillermo Valencia, folclorista e investigador musical, ha identificado en ello al trato natural africano propio del palenquero, especialmente del hombre, que ve en la mujer una "cintura de palmera y piernas de gacela".

Danny Salgado, con 16 años, no sabe de teorías, sólo tiene claro que a su edad, es normal y plausible para sus amigos que tenga dos novias y que tener contacto sexual con una de ellas, o las dos, es cuestión de tiempo, quizá meses. "Me la llevo pa un baño o un callejón", dice con frescura.

Aquí, asuntos como matrimonio, virginidad, monogamia, son tan singulares para el resto del país, como lo es la propia organización social del caserío.

'Jaleo' y sancocho

Más que los parches o com-

bos juveniles de las urbes, los llamados 'cuagros' son grupos de pelaos que se unen por razones de amistad, vecindad o parentesco, que toman forma a partir de los siete años y cuyo lazo mantienen firme a lo largo de sus vidas.

El cuagro forma parte activa en el dolor, en la muerte, la conseja y claro está, la vida de pareja del nativo de Palenque. Aunque aquí, hablar de pareja resulte un asunto casi pretencioso. "La intimidad es un asunto colectivo en Palenque. La práctica sexual es privada, pero de dominio público", define Jesús Natividad Pérez.

Eso pasa de la teoría a la evidencia cuando se produce lo que en este pueblo se conoce como 'el jalamiento', camino quizá más singular por el cual el varón accede a la actividad sexual formal y aceptada por el entorno social.

En este, el cuagro es la clave, pues se trata de tramar una especie de coartada entre varios de los hombres del grupo para 'asaltar' por sorpresa a la mujer pretendida por uno de ellos.

Una vez tendida la trampa, la pareja es encerrada en una casa ya acordada, en donde pasan la noche, tras la cual, sin importar el resultado, se da por sentado que hubo fae-

gara la condición polígama de sus hombres, y últimamente de una que otra mujer palenquera. Quizá es un vestigio más del celo con el que este pueblo mantuvo sus costumbres ancestrales. Un encierro que, necesariamente, llevaría a la conformación de parejas de tipo abierto, para mantener a resguardo el sustrato étnico palenquero.

Ella lo tiene que sentir

El baile es el ámbito en el que más se expone el desparpajo sexual de la gente de este poblado. Sobre todo a la hora de la champeta, ritmo tan criticado como admirado. Para los muchachos, es el deleite de la rumba, pero para los puristas, se trata de porno música, que exagera el erotismo subyacente en los ritmos africanos.

Los nombres de algunos de sus pasos y poses son más que sugerentes: 'la camita', 'la esterita', la 'hamaquita'.

Pero eso no parece importarle a Benicio, tamborero respetado y amante 'de respeto', que recuerda con risa las experiencias de gente de afuera, especialmente europea, cuando han querido saber cómo se baila eso.

"La parte del hombre tiene que quedar pegada. De pronto están baliando entonces sienten que al negrito se le para la naturaleza. Ella tiene que sentir que esta vaina esté amorosa".

Pero Benicio advierte que eso no garantiza el contacto sexual, pues aún en Palenque, tal cosa sucede en virtud de un cortejo previo, mediado por la atracción mutua. No se trata, por supuesto, de una pulsión sin control.

Así sea polígamo, el palenquero ha sido hombre de ritos. Los primeros Batata eran los encargados de anunciarle al pueblo, a golpe de tambor, el estado virginal de la mujer recién amada.

"Mi bisabuelo salía por la mitad de la calle... si le daba tres golpes al tambor, ¡pran, pran, pran!, ya el pueblo sabía que se había salido con una muchachita virgen. Cuando era 'señora', le daba siete golpes", recuerda Benicio.

Es que, tanto como en el baile, en la tocada del tambor los palenqueros se sienten dignos de su condición, surgida del encuentro de dos cuerpos paridos de la misma era.

